

NÍSIA FLORESTA: UN CAPÍTULO APARTE

Los estudios sobre literatura poscolonial en Brasil empezaron poco a poco a develar obras de escritoras decimonónicas que hasta una década atrás eran prácticamente desconocidas y/o ignoradas por el canon tradicional. Desarrollando un proyecto de investigación en el área, nuestra inquietud principal era: Si la crítica literaria especializada afirma que la literatura en el Rio de Janeiro de la época era “*escrita por hombres, sobre mujeres, para mujeres...*” (Ribeiro, 1996), ¿por qué entonces no serían ellas también creadoras? Si eran ellas las mayores consumidoras de las novelas, el bien cultural más importante de siglo XIX, ¿por qué no había registros en las antologías de sus producciones literarias? ¿No habría novelas, ensayos, cuentos? ¿No ejercerían las mujeres la escritura como forma de pensamiento crítico?

Afortunadamente los estudios sobre la mujer, adelantados por académicas/os que trabajan con perspectiva de género desde hace cuatro décadas, nos han brindado un material copioso sobre el tema y han traído a colación obras de diversas autoras que por prejuicio socio-cultural fueran “borradas” de la historia de nuestra cultura letrada. ¿Será que esas obras no tenían realmente valor literario o más bien eran consideradas “subversivas” y por lo tanto tenían que “desaparecer” de las antologías y de la historia?

Uno de los rescates más importante para la historia cultural brasilera fue el “re-descubrimiento” de Dionísia Faria da Rocha, más conocida por el seudónimo de Nísia Floresta, una *mujer metida a hombre*, profesora y autodidacta que editaba un pequeño periódico llamado *Opúsculo humanitario*. Nísia denunciaba la terrible condición de sometimiento en que vivían las brasileras y reivindicaba el derecho a la educación como una salida hacia la emancipación:

*Mientras por el viejo y nuevo mundo resuena el grito
-iemancipación de la mujer!- nuestra débil voz se levanta en*

la capital del Imperio de Santa Cruz, clamando: ¡Educad a las mujeres! ¡Pueblos del Brasil, que os decís civilizados! ¡Gobierno, que os decís liberales! ¿Dónde está la donación más importante de esa civilización, de ese liberalismo? (Floresta, 1853:2).

Nacida el 12 de octubre de 1810, en Papari, provincia de Rio Grande do Norte, al noreste de Brasil (una de las regiones más pobres del país), Floresta es hoy por hoy considerada la pionera del feminismo en el país. Primera hija del abogado portugués Dionisio Gonçalves Pinto Lisboa y la brasilera Antonia Clara Freire, se casa en 1823 a los 13 años (lo que era común en esa época) con un terrateniente de la región, pero osa separarse pocos meses después y vuelve a la casa paterna. Ya muy temprano se dibujaba el carácter firme de la Nísia que se propuso a enfrentar a una sociedad que no veía con buenos ojos a las mujeres separadas.

Debido a las revueltas que asolaban la región, la familia se traslada a Pernambuco, donde primero residen en Goiana, después en Olinda y finalmente en Recife, la “Venecia Brasileira”, ciudad capital y principal centro de desarrollo económico y cultural en el noreste brasileiro.

En 1828, a los 18 años y después del asesinato de su padre (según la propia Nísia, por haber ganado una causa contra un hombre poderoso de la región), toma otra decisión trasgresora y “escandalosa” (si tomamos en cuenta la mentalidad prejuiciada que “ataba” a nuestras mujeres decimonónicas): ir a vivir maritalmente con un académico de la Facultad de Derecho, Manuel Augusto de Faria Rocha, con quién tuvo dos hijos, Livia Augusta (que más tarde la acompañaría siempre en sus viajes y trabajaría en la traducción de algunos de sus libros al inglés y francés para editoriales europeas) y Augusto Américo.

Además de romper con los prejuicios, Nísia fue de las primeras mujeres en ejercer el periodismo en el país. Inició su carrera de escritora en 1831 con artículos sobre la condición femenina en diversas culturas, en el prestigioso *Espelho das brasileiras* propiedad del francés Adolphe Emille de Bois Garin, dedicado al público femenino.

En el escenario social brasileiro, la manera de actuar de Nísia Floresta daba continuidad a unos de los íconos principales de la historia del feminismo: la mujer en el podio con el brazo erguido pronunciando un discurso, inaugurada en el siglo XVIII por Olympe de Gouges. “*Si las mujeres tienen el derecho de subir al patíbulo, deberían tener igualmente derecho de subir a la tribuna*”, argumentaba la pionera de feminismo francés.

Esa “escena primordial”, que se presta tanto para una descripción respetuosa como para la caricatura, en el caso de De Gouges resultó en castigo atroz por la osadía de intentar varias veces subir al podio de la Asamblea Nacional a comienzos de 1790 y sustentar públicamente ideas trasgresoras para la época, por ejemplo: “*que el sexo era una materia a ser discutida y que las mujeres necesitaban de libertad de expresión a fin de que pudiesen identificar los padres de sus hijos resultantes de encuentros sexuales*”. Su discurso y sus actitudes en pro de una vida pública para las mujeres, que fueron tomadas por los jacobinos como una “*inversión a la naturaleza femenina*”, la llevaron a la guillotina en 1793 (Scott, 2001).

La metáfora de De Gouges, autora de la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*, subiendo al patíbulo, al igual que los ideales de la Revolución Francesa era una fuerte inspiración para las intelectuales decimonónicas.

Nísia se lanza de lleno a la causa de la emancipación femenina. En 1832 publica su primer libro titulado *Derechos de las mujeres e injusticia de los hombres* (una versión libre de *Vindications of the rights of woman*, obra citada anteriormente de la inglesa Mary Wollstonecraft), bajo el seudónimo de Nísia Floresta Brasileira Augusta. Nísia, apodo familiar de Dionísia, Floresta era el nombre de la finca en la tierra que la vio nacer, Brasileira para reforzar su sentimiento nacionalista, y Augusta probablemente en homenaje a Augusto, padre de sus hijos y compañero de vida, asumido por ella públicamente.

En 1833, la familia se muda a Porto Alegre, capital de Rio Grande do Sul, donde nace su hijo varón Augusto Américo. Siete meses después su marido muere repentinamente a los 25 años,

dejándola con los dos hijos pequeños. El dolor por la pérdida de su marido acompañaría siempre sus escritos. La joven viuda se dedica aún más a la escritura, al magisterio y a la educación de sus hijos.

Dado el clima de inseguridad en Porto Alegre, creado por la Revolución Farroupilha que pretendía transformar el sur en una nación, un estado independiente del gobierno central brasileño, Nísia decide mudarse a Rio de Janeiro en 1837.

En 1838 inaugura en la ciudad el *Colégio Augusto*, que brindaba a sus alumnas el mismo currículo de los colegios para varones. Las niñas ahora estudiarían matemáticas, biología, latín y principalmente idiomas, para que pudiesen acceder a la literatura francesa e inglesa que llegaba a las librerías cariocas; la idea, obviamente, provocó reacciones desencontradas. Muchos periódicos elogiaron el nuevo currículo de la institución, sin embargo, el *Jornal del Comércio* del 23 y 24 de diciembre de 1846 traía diversas críticas anónimas que consideraban las propuestas educacionales de Nísia demasiado “avanzadas” e inapropiadas para niñas.

Tras una década desde su fundación, una nueva generación de señoritas más cultas empezaba a incomodar a la moral social vigente, a tal punto, que el periódico *O Mercantil* del 17 de enero de 1847 contenía un artículo que ironizaba el hecho que se enseñara latín a las niñas, a pesar de ser esa materia esencial en el currículo de cualquier otro colegio para varones de la época. Nísia responde a las críticas con textos donde afianza una vez más la necesidad de educar a las mujeres para el ejercicio de la ciudadanía. Publica *La joven completa* y *Fany o el modelo de las doncellas*, y su discurso de clausura del año 1847 dirigido a sus alumnas fue tan impactante, que la Typographia Imparcial de propiedad del famoso editor Paula Brito lo publicó integralmente. A esa altura de los acontecimientos la capital del imperio brasileño ya reconocía públicamente a esa mujer de 37 años, como escritora y libre pensadora.

En 1848 publica por la Typographia L.A.P. Menezes, Rio de Janeiro, el poema *Lágrima de un caeté* compuesto de 712 ver-

sos que retrata la degradación del indígena brasileiro colonizado por el hombre blanco y el drama de los liberales durante la Revolución Praieira reprimida en Pernambuco en febrero 1849; es decir, además de ser la pionera de la literatura indigenista brasileira, defendía ideas liberales republicanas en un país dominado por la sólida Monarquía Imperial de la Casa de los Orleans y Bragança.

El accidente sufrido por su hija Livia al caer de un caballo fue la disculpa perfecta para embarcarse hacia Europa con sus dos hijos y librarse de las críticas difamatorias que no les permitían más sentirse a gusto en la Corte. Instalada en París, Nisia asiste a las conferencias del Curso de Historia General de la Humanidad ministradas por Augusto Comte en el auditorio del Palais Cardinal. El creador de la teoría positivista y el gran poeta francés Lamartine fueron sus amigos cercanos. La correspondencia intercambiada con Augusto Comte fue objeto de publicación en 1888, en Río de Janeiro.

Después de una temporada en Portugal en 1852, Nisia regresa a Brasil y un año más tarde publica su más famoso libro: *Opúsculo humanitario*, por la Typographia Silva Lima. Son 62 capítulos en los que la escritora condena los errores seculares y los prejuicios en la formación educacional de la mujer, no solamente en Brasil, sino en varios países. Sigue publicando crónicas, ensayos, poesía y una novela. Enfrenta junto con su ciudad una epidemia de fiebre amarilla trabajando como voluntaria durante 6 meses en la Enfermería del Hospital Nuestra Señora de la Concepción, cuando muchísimas personas huían desesperadamente de Río de Janeiro con miedo del contagio.

El 10 de abril de 1856 vuelve a Europa, donde emprende numerosos viajes y escribe diversos libros publicados en Italia, Francia e Inglaterra. Su obra se torna tan conocida que el *Diccionario Bibliográfico de Inocencio*, Tomo IV, incorpora su nombre en 1862. La publicación de una extensa nota biográfica en la revista *El Nuevo Mundo* de New York acompañada de una foto, la consagra definitivamente como escritora.

Volvemos entonces a nuestra cuestión inicial: si era una escritora consagrada incluso por pares académicos internacionales de incuestionable importancia, ¿por qué la historiografía literaria “oficial” la borró de sus páginas?

Fueron necesarios muchos años y un trabajo intenso y riguroso realizado por su coterránea, la profesora Dra. Constância Lima Duarte, académica de la Universidad Federal de Rio Grande do Norte, para que el Brasil (re) descubriese a Nísia Floresta, objeto de tesis doctoral de Lima Duarte presentada a la Universidad de São Paulo en 1991.

Rachel Soihet, uno de los nombres más significativos de la historia del feminismo brasileiro, plantea que hay que resaltar *“la relevancia de esas iniciativas para cuestionar la supuesta sumisión de las mujeres brasileiras, la restricción de su actuación apenas en el espacio doméstico y su alienación en cuanto a la realidad política, social y cultural del país”*. Argumenta también que, trabajos como el de la Dra. Lima Duarte:

(...) además de ser una contribución a la literatura, porque rescata escritoras hasta entonces desconocidas, permite una mejor comprensión de la evolución histórica de las luchas de las mujeres que, muchas veces, tuvieron que recurrir a “brechas” para avanzar en sus ideales. De esa manera, se entiende cómo algunas, tal vez más osadas o más favorecidas por las contingencias, lograron imponerse escribiendo libros, creando escuelas y periódicos, dictando conferencias, no como un escape al confinamiento en que vivía la mayoría, sino por el deber de ciudadanía y conciencia profesional que las impelía a luchar por una plena participación de hombres y mujeres de todas las clases, razas y etnias, por una sociedad más justa. (Soihet, 2005:195).

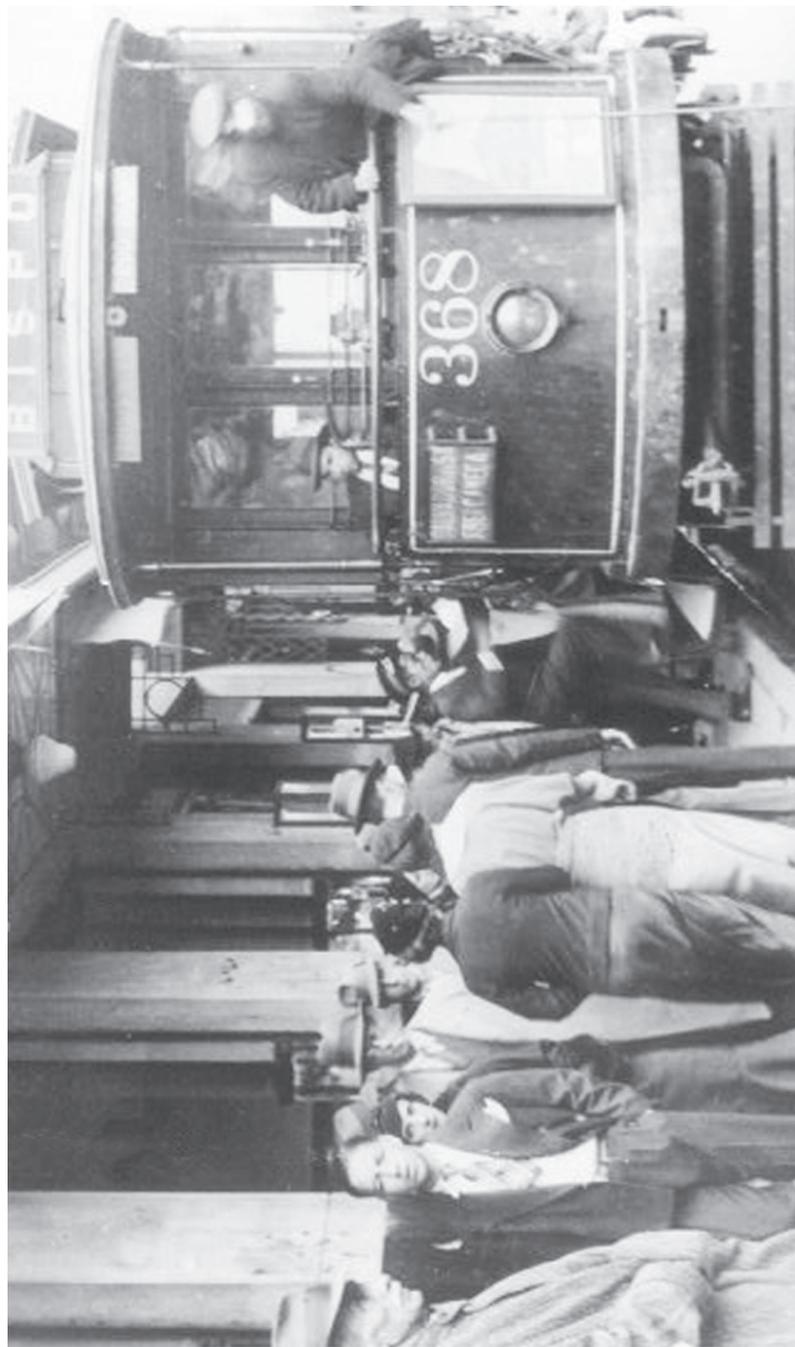
Un miércoles de copiosa lluvia, el 24 de abril de 1885 a las 9 de la noche, Nísia Floresta murió víctima de una neumonía. Sus restos mortales estuvieron sepultados en el cementerio de Bonsecours, Francia, hasta 1954, cuando el gobierno brasileiro solicitó el traslado de sus restos mortales a un mausoleo construido especialmente para ella en Papari, su ciudad natal,

que en esa época ya había pasado a llamarse Nísia Floresta en homenaje a la escritora.

Precursora del feminismo, abolicionista, indigenista, educadora, periodista, poeta, novelista, cronista, republicana, intelectual y librepensadora, Nísia fue una de esas mujeres que sentía esa *jouissance* de que nos habla Slavoj Žižek (apud Scott, 2001), ese “goce intelectual” que permite articular el deseo de su identidad individual con la necesidad colectiva de la sociedad en que vivió. Sacó coherencia de la confusión. Su “fantasía” de mujer decimonónica de que hubiera equidad de oportunidades entre hombre y mujeres, reconcilió ese deseo *ilícito* con la ley. Nísia fue una metáfora que se materializó en realidad.

La intelectual provocó mucha polémica con sus ideas contestatarias en la capital del Imperio. Trabajaba firmemente en pro de la abolición de la esclavitud y de los ideales republicanos, y usó su pluma para reivindicar principalmente la igualdad de derechos en la educación para las mujeres. En la escuela que fundó las niñas aprendían matemáticas, ciencias naturales, lengua portuguesa, literatura. Los tiempos de la famosa “economía doméstica” como materia fundamental para mujeres se cerraron con el “atrevimiento” de Nísia, que inauguró en Brasil una nueva generación de mujeres.

En su primer libro y en otros posteriores como *Consejos a mi hija* (1842), Floresta destaca la necesidad de educar a las mujeres. Creía que sólo capacitándose intelectualmente una mujer se emanciparía económicamente, cambiando no apenas su propia vida, sino también otras conciencias.



Estacion del Tranvia - Rio de Janeiro